

CAPITULO X.

La mezcla de extravagancia y de entisiasmo que reinaba en sus discursos rara vez dejaba de producir la mas viva impresion en aquellos que la escuchaban. Sus palabras, con frecuencia entrecortadas, eran siempre demasido claras e inteligibles para que pudiese sospechársele en un verdadero estado de locura.

WALTER SCOTT.
GUY MANNERING.

Las cuevas de Cubitas son ciertamente una obra admirable de la naturaleza, que muchos viajeros han visitado con curiosidad é interes y que los naturales del pais ad-

miran con una especie de fanatismo. Tres son las principales, conocidas con los nombres de Cueva grande ó de los negros cimarrones, María Teresa, y Cayetano. La primera está bajo la gran loma de Toabaquí y consta de varias salas, cada una de las cuales se distingue con su denominacion particular, y comunicadas todas entre si por pasadizos estrechos y oscuros. Son notables entre estas salas la de LA BOVEDA por su capacidad y la del HORNO, cuya entrada es una tronera a flor de tierra por la que no se puede pasar sino muy trabajosamente, y casi arrastrándose contra el suelo. Sin embargo es de las mas notables salas de aquel vasto subterráneo y las incomodidades que se experimentan, al penetrar en ella, son ventajosamente compensadas con el placer de admirar las bellezas que contiene. Deslúmbrase el viagero que al levantar los ojos, en aquel reducido y tenebroso recinto, ve brillar sobre su cabeza un rico dosel de plata sembrado de zafiros y brillantes, que así parece en la oscuridad de la gruta el techo singu-

tar que la cubra. Impero pocos minutos puede gozarse impunemente de aquel bello capricho de la naturaleza, pues la falta de aire obliga á los visitantes de la gruta á arrojarla fuera, temiendo ser sofocados por el calor excesivo que hay en ella. El alabastro no supea en blancura y belleza á las piedras admirables de que aquellas grutas, por decirlo así, se hallan entapizadas. El agua, filtrando por innumerables é imperceptibles grietas, ha formado bellísimas figuras al petrificarse. Aquí una larga hilera de columnas parece decorar el peristilo de algún palacio subterráneo; allá una hermosa cabeza atrae y fija las miradas; en otra parte se ven infinitas petrificaciones sin formas determinadas, que presentan masas de deslumbrante blancura y figuras raras y caprichosas.

Los naturales hacen notar en la Cueva llamada de MARIA TERESA pinturas bizarras designadas en las paredes con tintas de vivísimos é imborrables colores, que aseguran ser obra de los indios, y mil tradiciones maravillosas prestan cierto en-

canto a aquellos subterráneos desconocidos; que realizando las fabulosas descripciones de los poetas recuerdan los misteriosos palacios de las Hadas.

Nadie ha osado todavía penetrar más allá de la undécima sala, se dice empero vulgarmente que un río de sangre demarca su término visible, y que los abismos que le siguen son las enormes bocas del infierno. La ardiente imaginación de aquel pueblo ha adoptado con tal convicción esta extravagante opinión que, por cuanto hay en el mundo, no se atreverían a penetrar más allá de los límites á que se han concretado hasta el presente los visitantes de las cuevas, y lo estrecho y peligroso que se va haciendo la senda subterránea, á medida que se interna, parece justificar sus temores.

D. Carlos de B... y su familia, llevando á Sab por Cicerone, emprendieron, al día siguiente á su llegada á Cubitas, la visita de estas grutas. En la bajada, que es peligrosa, Carlota tuvo miedo, y el mulato más diestro y vigoroso que

Olivia fue esta vez tambien mas diñosa; pues bajó casi en sus brazos á la doncella.

Teresa apenas necesitó de ayuda: agíl y valiente descendió sin palidecer un momento, y con aquella fria serenidad que formaba su carácter. Sab bajó luego una á una con el mayor esmero á las niñas, y ayudó al señor de B... siendo Enrique el último que verificó aquel descenso, con mas animosidad que destreza. A pesar del asfiso de una gruesa cuerda, y de la robusta mano de un negro, falló en pie en la mitad del declive y hubiera indubitablemente caído, arrastrando consigo al esclavo, si Sab que bajaba detrás de él, conduciendo una gran tea de madera resinosa, que en el país llaman coaba, no le hubiese socorrido con tanta oportunidad como osadia.

Sab, díjole el inglés cuando todos juntos empezaban á recorrer las salas subterráneas, te soy segunda vez deudor de la vida y casi me persuado que eres en la tierra mi ángel protector.

Sab no respondió nada pero sus ojos

se fijaron en Carlota, cuyas miradas le expresaban con mayor elocuencia cuanto sabia agradecer aquel nuevo servicio prestado á su amante.

Sab que buscaba aquella gratitud no pudo sin embargo soportarla; apartó la vista de ella, suspiró profundamente y se dirigió hácia su amo al cual entretuvo con la relacion de algunas tradiciones populares, relativas á los sitios que recorrían.

Las paredes estaban llenas con los nombres de los visitantes de las grutas, pero la compañía no pudo dejar de manifestar la mayor sorpresa al ver el nombre de Carlota entre ellos, no habiendo esta visitado hasta entonces aquellos sitios. En fin, despues de emplear una gran parte del dia en recorrer diferentes salas, las señoritas fatigadas mostraron deseos de descansar, y ya declinaba la tarde cuando á instancias suyas salieron de las grutas.

Sab les tenia dispuesta la comida, de antemano, en la choza de Martina, de la que ya nuestros lectores han oido hablar en el capítulo precedente, y toda la com-

patila se preparó con placer á ver á la vieja india.

Distaba poco de las cuevas la habitación de esta, y los viajeros se vieron en el umbral de su humilde morada á los seis minutos de marcha.

Prevenida la vieja por Sab salió á recibir á sus huéspedes con cierto aire ridículamente magestuoso y que podía llamarse una parodia de hospitalidad. Rayaba Martina en los sesenta años, que se echaban de ver en las arrugas que surcaban en todas direcciones su rostro enjuto y su cuello largo y nervioso, pero que no habían impreso su sello en los cabellos, que si bien no cubrían sino la parte posterior del cráneo, dejando descubierta la frente que se prolongaba hasta la mitad de la cabeza, eran no obstante de un negro perfecto. Colgaba este mechón de pelo sobre la espalda descarnada de Martina, y la parte calva de su cabeza contrastaba de una manera singular, por su lustre y blanquiza, con el color casi cetrino de su rostro. Este color empero era todo lo que podía alegar

á favor de sus pretensiones de india, pues ninguno de los rasgos de su fisonomía parecía corresponder á su pretendido origen.

Sus ojos eran estremadamente grandes y algo saltones, de un blanco vidriado sobre el cual resaltaban sus pequeñas pupilas de azabache: la nariz larga y delgada parecía haber sido aprensada, y la boca era tan pequeña y hundida que apenas se le veía, enterrada por decirlo así, entre la prominencia de la nariz y la de la barba; que se avanzaba hacia fuera hasta casi nivelarse á ella.

La estatura de esta muger era colosal en su sexo, y á pesar de sus años y enflaquecimiento manteníase derecha y erguida, como una palma, presentando con una especie de orgullo el semblante superlativamente feo que hemos procurado describir.

Al encontrarse con don Carlos inclinó ligeramente la cabeza diciendo con parsimonia.—Bien venido sea, tres veces bien venido el señor de B... á esta su casa,

Buena Martina, respondió el caballero

entrando sin cumplimiento en una pequeña sala cuadrada, y sentándose en una silla, (si tal nombre merecía un pedazo de madera mal labrada,) tengo el mayor gusto en volver á ver á una tan antigua conocida como sois vos, pero me pesa hallaros en tan estremada pobreza. Sin embargo, Martín, los años no pesan por vos; le mismo estais que cuando os vi hace diez años. No direis otro tanto de mí, en vuestros ojos que me hallais muy viejo.

Es verdad, señor, repuso ella, que estais muy diferente de como os vi la última vez. Es natural, añadid con cierto acento melancólico, porque aun no habeis llegado á ser lo que yo soy y los años hallan todavía algo que quitaros. El árbol viejo del monte, cuando ya seco y sin jugo solo alimenta curugeyes, (1) ve pasar años tras años sin que ellos le traigan mudanza. Et

(1) El curugay es una especie de planta parásita que crece en el tronco de los árboles viejos.

resiste á los huracanes y á las lluvias, á los rigores del sol y á la aridez de la seca; mientras que el árbol todavía verde sufre los ataques del tiempo y pierde poco á poco sus flores, sus hojas y sus ramas. Pero he aquí, añadió echando una ojeada sobre Enrique y las dos señoritas y luego en las cuatro niñas que la rodeaban, he aquí tres hermosos árboles en todo el vigor de su juventud, con todos los verdores de la primavera, y cuatro tiernos arbolitos que van creciendo llenos de lozania. ¿Son todos hijos vuestros? pensaba que no teniais tantos.

D. Carlos tomó de la mano á Enrique. No es mi hijo este mancebo, le dijo, pero lo será en breve. Os presento en él, querida Martina, al esposo de mi Carlota.

Al esposo de vuestra Carlota! repitió la vieja con tono de sorpresa é inquietud y echando en torno suyo una mirada cuidadosa, que pareció detenerse en el mulato que se mantenía respetuosamente detras de sus amos. Luego volviéndose hácia las dos señoritas examinólas alternativamente,

Una de ellas es mi hija y otra mi pupila, dijo D. Carlos notando aquel examen, vamos á ver si adivináis cual es Carlota. No he olvidado, Martina, que os preciais de fisonomista.

La vieja miró fijamente á Teresa, cuyos ojos distraídos recorrían el reducido recinto de la pequeña sala en que se hallaba, y luego desviando lentamente su mirada la detuvo en Carlota, que se sonreía encendida como la grana. Los ojos de la india, (pues no pretendemos disputarla este nombre,) se encontraron con los de la linda criolla.—Esta es, exclamó al momento Martina, esta es Carlota de B... he conocido esa mirada... solo esos ojos podrían... y se detuvo como turbada, añadiendo luego con viveza.—Solamente ella puede ser tan hermosa.

Carlota se mortificó de un elogio que le pareció poco atento en presencia de su amiga, mas Teresa no atendia á la conversacion y tenia fijos los ojos en aquel momento en un objeto extraño y lastimoso, en el cual aun no había reparado nadie sino ella.

En una especie de tarima de cedro, sobre una estera de guano yacia acurrucada en un rincón oscuro de la sala una criatura humana, que al pronto apenas podía reconocerse por tal. Mirándole con mas detencion, notábase que era un niño, pero la horrible enfermedad que le consumia habia casi del todo contrahecho su figura. Su cabeza voluminosa, cubierta por cabellos pobres y ásperos, se sostenia con trabajo sobre un cuello tan delgado que parecia quebrantado por su peso, y sus ojos pequeños y hundidos aparecian rodeados de una aureola cárdena, que se extendia hasta sus pálidas mejillas. Sonreia el infeliz y se entretenia con un perrillo que estaba tendido entre sus dos flacas piernecitas, reclinada su cabeza en el abultado vientro del niño.

Las miradas de Teresa habian dirigido hacia aquel sitio las de todos los individuos de la compañía, y Martina observándolo exclamó con tristeza.

Es mi nieto! mi único nieto!... nada mas me queda en el mundo... mi hijo,

mi nuera, mis dos nietecitos, tan lindos y tan robustos... todos han muerto! Esta pobre criatura raquítica es lo único que me queda... es la última hoja marchita que se desprenderá de este viejo tronco.

D. Carlos y sus hijos conmovidos se aproximaron al pequeño enfermo, pero divisando á Sab en aquel momento arrojó el niño un grito penetrante de alegría, y el perro saltó, ahullando también. Arrastrábase el niño fuera de la tarima para acercarse al mulato, brillando en sus apagados ojos una vislumbre de felicidad, y el perro saltaba moviendo la cola y ahullando, y mirando alternativamente al niño y al mulato, como si quisiera indicar á este que debía aproximarse á aquel. Hízolo Sab y al momento la pobre criatura se colgó de su cuello y el animal redobló sus ahullidos, como si celebrase tan tierna escena corria en torno de los dos, y se levantaba ora poniendo sus manos sobre los muslos del mulato, ora sobre la espalda del niño.

Martina contemplaba aquel cuadro con

visible emoción: la ridícula gravedad con que se presentara a sus huéspedes había desaparecido y volviendo a don Carlos sus negros ojos, en los que temblaba una lágrima.—Ya lo veis, le dijo, su cuerpo está casi muerto pero aun hay vida en su corazón. ¡Pobre desgraciado! vive todavía para amar: ama a Sab, a su perro y a mí, a las únicas criaturas que pueden apreciar y corresponder su cariño. ¡Pobre desgraciado!—Y enjugó con su delantal la lágrima que ya había resbalado por su mejilla.

Martina, le dijo D. Carlos, habeis sido muy desgraciada, lo sé.

Aun pude serlo mas; respondió ella, vi espirar en mis brazos unos tras otros mis hijos y mis nietos: quedábame uno solo.... Este! un incendio consumió mi casa y hubiera perecido entre las llamas mi pobre único nieto sin el valor, la humanidad....

—Martina se detuvo repentinamente. El mulato, que acababa de desprenderse del niño y del perro, habíase puesto de pie frente a ella y su mirada imperiosa aho-

gó en sus labios las palabras que iba á proferir. D. Carlos y sus hijos la invitaron en vano á continuar su comenzada relación; Martina varió de objeto y preguntó á D. Carlos si queria que se les sirviese la comida. Luego que Sab se alejó para prepararla volvióse la anciana á sus huéspedes y con voz baja y cautelosa, y acento mas conmovido prosiguió.

Si, él fue, él quien salvó á mi pobre Luis, pero no se puede hablar de ello en su presencia: oféndele la espresion de mi gratitud. Mas ah! por qué habia yo de ahogarla? por qué?.... me es tan dulce repetir: —A él debo la vida de mi último nieto! —Carlota á estas palabras aproximó su silla á la de Martina escuchándola con vivísimo interés. El mismo Enrique le prestaba atencion: solo Teresa manteníase algo desviada y como distraida. Martina prosiguió.

Una feliz casualidad trajo á Sab á esta aldea algunos dias antes del fatal incendio que me redujo á la indigencia. Visitábame á menudo y yo le amaba, porque él habia

asistido en sus últimos momentos á mi hijo, porque él fue nuestro consolador cuando habia otros seres que participasen mis dolores. Luego que los perdi todavía estuvo él junto á mí y lloramos juntos. El acompañó á su última morada á mis dos nietecitos, y el dia en que enterró al último de ellos, volviendo á casa traia los ojos llenos de lágrimas y me abrazó gimiendo.—Sab, le dije en mi dolor señalando á mi pobre Luis, ya no tengo mas que á él en el mundo.... no me queda otro hijo.—Aun teneis otro, madre mia, exclamó uniendo sus lágrimas á las mías y con un acento que me parece estar oyendo todavía; yo soy tambien un pobre huérfano: nunca di á ningun hombre el dulce y santo título de padre, y mi desgraciada madre murió en mis brazos: soy tambien huérfano como Luis, sed mi madre, admitidme por vuestro hijo.

Sí, yo te admito, le respondí levantando al cielo mis trémulas manos. El se arrodilló á mis pies y en presencia del cielo le adopté desde aquel momento por mi hijo.

Martina se detuvo para enjugar las lágrimas que hilo á hilo caían de sus ojos; Carlota lloraba también; D. Carlos tosía para disimular su conmoción, y aun Enrique se mostraba enternecido. Teresa, verosímilmente no atendía á lo que se hablaba, entretenida al parecer en limpiar con su pañuelo un pedazo de piedra muy hermosa, que habia cogido en las grutas.

Sab estaba en Cubitas cuando el incendio de mi casa, prosiguió Martina, de aquella casa que yo debía á vuestra bondad, señor D. Carlos, y á la eficacia de mi hijo adoptivo. El incendio consumía mi morada y yo medio desmayada en brazos de algunos vecinos atraídos por la compasión, ó la curiosidad, veía los rápidos progresos del fuego y gritaba en vano con todas mis fuerzas.—¡Mi nieto! ¡Mi Luis!—Porque el niño, abandonado por mí en el primer instante de susto y sorpresa, iba á ser devorado por las llamas, que ya veía yo avanzar hacia el lado en que se encontraba el infeliz.—Dejadme ir, gritaba yo, dejadme salvarle ó morir con él.—Pero

me agarraban estorbaudo mi desesperado intento y aunque penetrados de compasion todos, ninguno se atrevia á esponer su vida por salvar la de un pobre niño enfermo.

¡Y Sab le salvó! exclamó con viveza y emocion la señorita de B., ¿no lo habéis dicho así, buena Martina? Sab le salvó. —Si! respondió la anciana olvidando su cautela y levantando la voz en el exceso de su entusiasta gratitud. Sab le salvó! Por entre las llamas y quemados los pies y ensangrentadas las manos, sofocado por el humo y el calor cayó exánimo á mis pies, al poner en mis brazos á Luis y á Leal.... á este perro que entonces era pequeño y dormía en la cama de mi nieto. Sab los salvó á ambos! sí, su humanidad se estendió hasta el pobre animalito.

Y Martina acariciaba con mano trémula al perrillo, que al oir su nombre habia corrido á echarse á sus pies.

Carlota lloraba todavía y todavía tosía D. Carlos, pero Enrique se habia distraído de la relacion de la anciana con la piedra que limpiaba Teresa y de la cual am-

bes admiraban el brillo extraordinario. —Es hermosa! decia Enrique. — ¡Oh! si, es hermosa! repetia Martina que no echára de ver la distraccion de dos de sus oyentes. Es hermosa el alma de ese pobre Sab, muy hermosa! Luego que quedé sin casa, sin mas bienes que mi nieto enfermo y su perro, no hallé otro asilo que esas cuevas, morada algunas veces de los negros cimarrones y siempre de los cernícalos y murciélagos.

Allí hubiera acabado miserablemente mis tristes dias sin el ángel protector de mi vida. Sab, el mismo Sab ha levantado para su vieja madre adoptiva esta choza, en que tengo el honor de recibiros: él ha trabajado con sus manos los toscos muebles que me eran necesarios: él me ha dado todos sus ahorros de muchos años para aliviar mi miseria: él con su cariño, con su bondad ha hecho renacer en este viejo y lacerado corazon las emociones deliciosas del placer y la gratitud. Si, todavía palpita este pecho cuando le veo atravesar el umbral de mi humilde mora-

da; todavía vierten estos ojos lágrimas de
extremecimiento y de alegría cuando oigo
llamarme su madre, su querida madre. ¡Oh
Dios mío, Dios mío! añadió elevando al cie-
lo sus manos descarnadas: ¿por qué ha de
ser desgraciado siendo tan bueno?—En aquel
momento Sab se presentó trayendo una
mesita de cedro, que estaba destinada á
la comida, y su presencia aumentó la con-
moción que el relato de Martina habia
producido. D. Carlos, olvidando que se le
habia confiado á escondidas del mulato la
historia de sus buenas acciones, alargóle
la mano y haciéndole aproximar á sus si-
lla:—Sab, le dijo, Sab, repitió cada vez con
más viva espresion, eres un excelente
mozo!

El mulato pareció adivinar de lo que se
trataba y arrojó á Martina una mirada de
reconvenccion.

Si, hijo mío, exclamó la vieja, si, pues
des reconvenirme porque he faltado á la
promesa que me exigiste: pero por qué
quieres, Sab, querido Sab, por qué quieres
privar á tu vieja madre del placer de ben-

il

regalo!

decirle, y de decir á todos: — ¡los corazones buenos y generosos, ¿mi hijo se os parece? Sab, amigo mío, perdóname, pero yo no puedo, no puedo complaciente.

Carlota redobló su llanto, y cubrió su lindo rostro con sus manos, como para ocultar el exceso de su emoción; pero Sab había ya visto correr sus lágrimas y cayó de rodillas. — Madre mía, ¡prorrumpió con trémula y lenta voz! ¡si, yo os perdono y os doy gracias: yo os debo las lágrimas de Carlota, añadió, pero sus últimas palabras fueron proferidas tan débilmente que nadie, excepto Martina, pudo percibir las.

Sab, dijo el señor de B., levantándole y abrazándole con extrema bondad: yo me envenezco de tu bello corazón: sobes que eres libre, y desde hoy ofrezco proporcionarte los medios de seguir los generosos impulsos de tu caritativo corazón: Sab, continuarás siendo mayoral de Bellavista, y yo te señalaré gajes proporcionados á tus trabajos, con los cuales podrás dar mismo irte formando una existencia inde-

pendiente. Respecto á Marlina corre de mi cuenta ella, su nieto y su buen Leal. Quiero que al marcharme de Cubitas quede instalada en la mejor de mis estancias y la señalaré una pension vitalicia, que recibirá anualmente por tu mano.

Sab volvió á arrojarle á los pies de su amo, cuya mano cubrió de besos y lágrimas. Carlota se colgó de su cuello besando también la frente y los cabellos del buen papá, y su vestido rozando en aquel momento con el rostro del mulato fue asido tímidamente, y también recibió un beso y una lágrima. ¿Y quién no lloraría con tan tierna escena? Teresa, únicamente. Teresa! Aquella criatura singular se había alejado friamente del cuadro patético que se presentaba á sus miradas, y parecía entonces ocupada en examinar de cerca la figura deforme del pobre niño. Enrique, menos frío que ella, miraba conmovido ora á D. Carlos, ora á su querida, y luego dando un golpecito en el hombro de Sab, que aun permanecía arrodillado—levantate, buen muchacho, le dijo, leván-

tate que has procedido bien y quiero yó tambien recompensarte. Diciendo esto puso en su mano una moneda de oro; pero la mano se quedó abierta y la moneda cayó en tierra. Sab, dijo Carlota con tierno acento, Enrique quiere sin duda que des esa moneda, en nombre suyo, al pequeño Luis.—El mulato levantó entonces la moneda y la llevó al niño que la tomó con alegría: Teresa estaba sentada en la misma tarima de Luis y Sab creyó al mirarla que tenia los ojos humedecidos; pero sin duda era una ilusion porque el rostro de Teresa no revelaba ninguna especie de emocion.

Martina quiso dar gracias al señor de B... por su caritativa promesa, pero este que deseaba cortar una conversacion que le habia causado ya demasiado enternecimiento, mandó traer la comida, rogando á Martina no se ocupase por entonces sino en hacer dignamente los honores de la casa. Servida la comida el señor de B... quiso absolutamente que se sentasen con ellos no solamente Martina sino tambien Sab.

La vieja india, que pasado el primer momento del entusiasmo de su gratitud había recobrado su aire ridículamente magestuoso, y tal cual ella creía convenir á la descendiente de un Cacique, ocupó sin hacerse de rogar una cabecera de la mesa, y sábase vió precisado por su amo á colocarse en un frente, en medio á la mayor de sus niñas y de Teresa. Martina aprovechó la ocasión que le dieron algunas preguntas de Carlota, para repetir los maravillosos cuentos que ya mil veces había contado, de la muerte de Comagney y las apariciones de su alma en aquellos alrededores. Las niñas la escuchaban abriendo sus grandes ojos con muestras de vivo interés y admiración, sin cuidarse ya de comer. Enrique no parecía tampoco con gran apetito y se notaba en su aire cierto descontento, acaso por un pueril sentimiento de vanidad, que le hacía no aprobar la excesiva bondad de don Carlos, en sentar á su mesa un mutato que quince días antes aun era su esclavo. Ninguna vanidad tan ridículamente susceptible como

la de aquellos hombres de la nada, que se ven repentinamente, por un capricho de la suerte, elevados á la fortuna.

Carlota por el contrario estaba radiante de placer y agradecía á su padre la ligera distincion que concedia al libertador de Luis y bienhechor de Martina. Ella era siempre la que se adelantaba á ofrecer al confuso mulato, ya de este ya de aquel plato; ella la que le dirigia la palabra con acento mas dulce y afectuoso, y la que, con esquisita delicadeza, evitaba que en la conversacion general se escapase una sola palabra que pudiese herir la sensibilidad ó la modestia de aquel excelente jóven, cuyo corazon merecia tantos miramientos: hizo ella misma el plato destinado á Luis, y no olvidó tampoco á Leal. Mirábala de rato en rato Martína, aunque no cesase de relatar sus sempiternos cuentos, y luego miraba tambien á Sab. Una vez despues de estas miradas suspiró profundamente y sus ojos se cargaron de lágrimas: era precisamente cuando recordaba la triste historia del Cacique Cama-

güey, y nadie extraño su conmoción.

Era necesario regresar á la estancia de D. Carlos pues se iba haciendo tarde: al despedirse de Martina dejóle este su bolsillo lleno de dinero, y la vieja le colmó de bendiciones. Enrique le dió cariñosos adioses, y Carlota la abrazó con las lágrimas en los ojos, é igualmente al pequeño Luis: luego acarició á Leal recomendándole al niño y salió á juntarse con el resto de la compañía, que la aguardaba para partir.

La despedida de Sab fue mas larga: tres veces le abrazó Martina y otras tantas tornó á abrazarle con mayor afecto. Luego Luis, colgado de su cuello, parecia reanimado por el cariño que su hermano adoptivo le inspiraba. Sab iba por último á arrancarse de sus brazos, dándole con paternal afecto el último beso; cuando el niño retenién-dole con estraña tenacidad, —escucha le dijo, tengo que pedirte una cosa, una cosa muy bonita que me han dado para tí; pero que tú, que eres tan bueno, querrás dejarme.—El mulato

oyó la voz de su amo que le llamaba para partir, y apartándose de Luis, —sí, le contestó, sin atender al objeto que excitaba los deseos del niño y que este apretaba en su mano derecha, cerrada con fuerza: sí, yo te la regalo. —Ya lo sabía yo, exclamó con pueril regocijo el enfermo: ah! qué bueno eres: ya lo sabía yo desde que me dió este regalo aquella señora, que lloraba al dármelo para tí; pero tú no lloras porque se lo das á tu hermano: tú eres mejor que ella. —¡Cómo! una señora te dió ese regalo para mí? exclamó el mulato volviendo á arrodillarse sobre la tarima de Luis. —Sí, una de esas que han estado hoy en casa, y me dijo que tú le amarias mucho: ya lo creo! es tan bonito! pero tú amas mas á tu hermano y por eso se lo has dado.--y el niño acariciaba la cabeza de Sab, pero este no atendía ya á sus halagos. Una de estas señoras te lo ha dado! para mí! oh! dármelo, dármelo! y arrancó de la mano del niño, que defendía su tesoro con todas sus fuerzas, aquel objeto que excitaba ya su más ardiente anhelo.--No

me lo quites: tú me lo has dado! es mío! es mío! gritaba llorando Luis, y Sab precipitándose junto á la mesa, donde andia una bugta, devoraba con los ojos aquel presente misterioso. Era un brazalete de cabellos castaños de singular hermosura, y el broche lo formaba un pequeño retrato en miniatura. —Es mío! dámelo! —repotia el niño tendiendo sus descarnados brazos y sus manitas transparentes. —¡Es ella! exclamaba sin oírlo el mulato. ¡Es su retrato! su pelo! Dios mío, es ella! — Volvió á caer de rodillas junto á la tarrina del enfermo y endgenado, convulso, fuera de sí, apretaba el brazalete y al niño sobre su pecho, gritando siempre: —¡es ella! es ella! — El niño casi sofocado entre sus brazos procuraba desasirse sin dejar de repetir: —¡es mío! es mío! — En nombre del cielo le dice Sab, en nombre del cielo rapítome lo que me has dicho: Luis, dímelo otra vez, dime que fue ella quien te ha dado esto para mí. — ¡Sí! pero tú me lo has regalado!, decia la pobre criatura. — ¡Oh! yo te daré mi vida, mi alma, todo lo que quieras,

Luis, pero dímelos: ¿fue ella?—Y oprimió entre las suyas las delicadas manos del niño:—Me hacéis mal! gritó asustado de los arrebatos de su hermano adoptivo: Sab, déjame! no te pediré mas esa cosa tan bonita. ¡Suéltame! ay! me rompes las manos. —Lloraba el niño y Sab era insensible a su llanto. —¿Fue ella! fue ella! repetía en la vez mas enagenado. —Si, ella, respondió balbutiendo Luis, esa señora la mas ehica de las dos grandes, esa de los ojos verdes, y... —¡Oh! Teresa! Teresa! le interrumpió tristemente Sab, soltando las manos del niño: Teresa ha sido... —

Mira, me le dió envuelto en este papelito y yo le saqué para mirarle. Toma el papel, y dame eso, dámelo querido Sab, tu me lo ofreciste.

Sab tomó el papel en el cual escritas con lapiz leyó estas palabras. —«Luis ofrece al que ha salvado dos veces la vida de Enrique Otway esta prenda; en compensacion de los beneficios que le debo.»

Teresa! Teresa! exclamó Sab: tu has penetrado pues, en este corazon, tu co-

noces todos sus secretos, tu sabes cuanto aborrezco esa vida que he salvado dos veces y comprendes todo el precio de mi generosidad. ¡Oh Teresa! este presente tuyo es lo mas precioso que podias darme; pero acaso puedo yo pagarte muy en breve: si, lo haré, lo haré y te bendeciré mientras palpita este corazon, del cual no se apartará jamas el inestimable tesoro que me has creído digno de poseer.

La voz del señor de B..., impaciente ya con la tardanza del mulato, se oyó en aquel momento, llamándole para partir. Sab ocultó en su pecho el precioso brazalete y arrancándose de los brazos del niño, que aun le repetia---damelo! lanzóse fuera de la sala. Encontróse á Martina que entraba á buscarle: todos los viajeros estaban ya á caballo y solo por él se aguardaba.

Sab, todo turbado, murmuró una excusa insignificante, y tomando su jaco se adelantó á paso largo, sirviendo de guia á los viajeros.